



ISSN 1669-9521 (versión digital)
ISSN 0571-3285 (versión impresa)

A sociación
A rgentina de
A stronomía

Boletín N° 55

Mar del Plata, 2012

Asociación Argentina de Astronomía

Fundada en 1958

Personería Jurídica 11811 (Buenos Aires)

Comisión Directiva

Dra. Cristina H. Mandrini (Presidente)
Dra. Victoria Alonso (Vice-Presidente)
Secretaria: Dra. Elsa Giacani (Secretaria)
Tesorera: Dra. Cristina Cappa (Tesorera)
Ing. Pablo Recabarren (Vocal 1)
Dr. David Merlo (Vocal 2)
Dra. Georgina Coldwell (1er Suplente)
Dr. Jorge Combi (2do Suplente)

Comisión Revisora de cuentas

Titulares:
Dra. Sofía Cora
Dra Paula Benaglia
Dra. Susana Pedrosa
Suplentes:
Dra. Stella Malaroda
Dr. Mariano Domínguez Romero

Comité Nacional de Astronomía

Secretario: G. Bosch
Miembros:
L. Cydale
P. Mauas
C. Valotto
G. Coldwell

Asociación Argentina de Astronomía

Reunión Anual

Mar del Plata, 17 al 21 de setiembre de 2012

Organizada por:

Instituto Argentino de Radioastronomía

COMITÉ EDITORIAL

Dr. Adrián Rovero (Editor Jefe)

Dr. Gustavo Romero (Editor Invitado)

Dr. Leonardo Pellizza (Secretario Editorial)

Dr. Marcelo Lares (Técnico Editorial)

Comité Científico de la Reunión Nro. 55

Cristina E. Cappa (IAR) Pablo M. Cincotta (IALP)
Alejandro Córscico (IALP)
Federico González (ICATE)
Marcelo López Fuentes (IAFE)
Nidia Morrell (Las Campanas Observatory)
Hernan Muriel (IATE)
Gustavo E. Romero (Presidente - IAR)

Comité Organizador Local de la Reunión Nro. 55

Lucía Bagnato
Federico Bareilles
Paula Benaglia
Claudia Boeris
Mariela Corti
Nicolás Duronea
Ricardo Morras (Presidente)
Mariana Orellana
Nelva Perón
Matías Reynoso
Laura Suad
Javier Vasquez

Homenaje a Jorge Sahade

Jorge Sahade, hombre de gran determinación e incansable espíritu, nos abandonó a la edad de 97 años el pasado 18 de diciembre. Fue uno de los primeros astrónomos recibidos en universidades argentinas y a lo largo de una carrera de significativa relevancia a nivel nacional e internacional ha dejado su marca imborrable en la comunidad astronómica.

Guillermo E. Sierra - 1992

Jorge Sahade (Alta Gracia 1915 - La Plata 2012)

Nacido el 23 de febrero de 1915 en Alta Gracia, Córdoba, era hijo de inmigrantes sirios que se radicaron en el país antes de la primera guerra mundial. Su educación secundaria transcurrió en el Colegio Monserrat, Córdoba, donde descubrió su afición por la matemática. A pesar de los deseos de su madre de que siguiera la carrera de medicina, se inscribió en ingeniería civil en la Universidad de Córdoba, para pronto pasar a la carrera de agrimensura con la idea de ver luego la posibilidad de seguir matemática en Buenos Aires. Sin embargo, las tareas de agrimensura involucraban mucho de observaciones astronómicas y fue allí donde comenzó su interés por la astronomía. Se recibió de Agrimensor en 1937 y al año siguiente consiguió un puesto en el Instituto Geográfico Militar de Buenos Aires, primero en la oficina de fotogrametría y luego en geodesia. Aún viviendo en la ciudad de Buenos Aires comenzó la carrera de astronomía en La Plata, ciudad a la que se mudó al poco tiempo con una posición en el Observatorio de La Plata.

Siguió estudios doctorales en el área de astrofísica, impulsado por el director del Observatorio, Ing. Aguilar, quien deseaba desarrollar esa nueva rama de la astronomía en la institución. Se doctoró en 1943 e inmediatamente tuvo la oportunidad de viajar al Observatorio Yerkes (Universidad de Chicago) en octubre de ese año, junto con Carlos Cesco, con una beca de la Universidad de La Plata para trabajar con Otto Struve en espectrometría de binarias eclipsantes. Retornó al país en febrero de 1946 con una posición en el Observatorio de Córdoba, del que llegó a ser director entre los años 1953 y 1955. Obtuvo una beca de la Fundación Guggenheim en astrofísica que le permitió volver a trabajar con Struve, esta vez en Berkeley (Universidad de California), desde enero de 1955 a junio de 1958. Fue trabajando con Struve que comenzó el desarrollo de una fructífera producción científica relacionada con binarias interactuantes, estrellas simbióticas y Wolf-Rayet que culminó con unas doscientas publicaciones en revistas científicas de alto impacto a lo largo de su vida. Jorge Sahade propuso una explicación alternativa a la anomalía en las líneas espectrales de binarias al modelar el intercambio de masa dentro del sistema, lo que motivó rebautizar este efecto como Struve-Sahade.

De regreso al país, en 1958, fue Jefe del Departamento de Astrofísica II en el Observatorio de La Plata. Fue director del Observatorio en 1968 y el primer Decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de La Plata en 1969. Tuvo una actuación relevante en la fundación de la Asociación Argentina de Astronomía en 1958, de la cual fue su presidente durante dos períodos consecutivos (1963-69). Lideró los esfuerzos para la adquisición del telescopio de 2,15m que actualmente lleva su nombre en el Complejo Astronómico El Leoncito. Fue el *alma mater* y primer director (1971-74) del Instituto de Astronomía y Física del Espacio, la materialización de una idea que surgió de su prolífica mente al querer llevar la astronomía al nivel espacial. Fue el primer presidente de la Comisión Nacional de Actividades Espaciales (1991-94).

A nivel internacional, Jorge Sahade tuvo una destacada actuación en el seno de la Unión Astronómica Internacional, de la cual fue miembro desde 1946. Fue su presidente durante el período 1985-88, el primero de Latinoamérica. Fue presidente de la Comisión 29 sobre espectros estelares (1964-67) y vicepresidente del Consejo Ejecutivo en dos oportunidades (1967-70 y 1970-73). Fomentó la participación entre astrónomos latinoamericanos y fue de los primeros en apoyar la

inclusión de Argentina como miembro del Consorcio Gemini. Fue profesor visitante en universidades de EEUU, Reino Unido, Bélgica, Francia, Perú y Brasil. Fue miembro de varias academias científicas, como la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires y de Córdoba y la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, entre otras. Recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el Premio Konex (1983) y el Premio a la Trayectoria de la Asociación Argentina de Astronomía (2006), por nombrar sólo dos.

Su espíritu incansable, su fructífera vida científica y su devoción por la astronomía serán siempre recordados por aquellos de nosotros que hemos tenido el honor de conocerlo. Hoy su nombre perdura en el asteroide (2605) 1974QA, en el Premio a la Trayectoria que otorga la Asociación Argentina de Astronomía trienalmente y en el mayor telescopio óptico que nuestro país ha instalado en el territorio. Su memoria trascenderá su presencia física, para orgullo de la comunidad astronómica argentina.

Adrián Rovero
Editor

Anécdotas ... Jorge Sahade por nosotros

Al momento de presentarme en la ciudad de La Plata para concursar el cargo como colaboradora del nuevo presidente de la IAU, en 1986, me comunicaron que el Dr. Sahade, a quien yo no conocía, estaba internado en terapia intensiva. Mientras yo hacía trámites y cumplía con los requisitos para acceder al cargo, llamaba a diario a su domicilio para informarme sobre su estado de salud. Pensaba que su recuperación iba a ser muy larga, lo cual retrasaría también el ingreso de quien sería su colaboradora de tareas. Para mi sorpresa, en menos de una semana el Dr. Sahade me llamó desde su casa para decirme que se encontraba convaleciente pero listo para ponerse en acción y que por lo tanto me esperaba en su casa para trabajar allí (!). También para mi sorpresa, en muy pocos días comenzamos a ir de a pie hasta la Casa de Huéspedes de la Facultad que había sido cedida para que funcionara como sede de la presidencia de la IAU. Durante más de dos años, todos los días, independientemente de las inclemencias del tiempo, hacíamos el camino a pie, desde su casa, cruzando el Bosque y repitiendo el trayecto de vuelta una vez terminada la jornada de trabajo. En verano el Dr. Sahade juntaba uvas de las parras de la casa de huéspedes y las colocaba en la heladera para que estuvieran frescas para después del almuerzo y en la época de las fresas, él se encargaba de tomar algunas del jardín de la facultad para colocarlas en nuestras oficinas. Su ritmo de trabajo no tenía igual, por la cantidad y calidad de cosas que podía hacer simultáneamente. Era sumamente atento con todos. Por ejemplo, para el personal de las empresas de vuelo que

atendían su ajetreada agenda de viajes por todo el mundo, organizaba visitas guiadas nocturnas en el Observatorio de La Plata, él mismo guiaba a los visitantes y al terminar los convidaba con una mesa dulce y alguna bebida. Entre las anécdotas que me solía contar recuerdo su hábito de ir al sur de Argentina, donde se anotaba como voluntario para limpiar nuestros bosques. Un día le pregunté: –“Dr. Sahade, si tuviera que elegir una frase que lo represente, ¿qué frase elegiría?”. Sin dudar, respondió con las palabras que mejor representan a este gran hombre argentino: “La mejor inversión es invertir en ciencia y educación...”.
Viviana Soler

Durante la Asamblea General de la Unión Astronómica Internacional que se realizó en Delhi, India, en noviembre de 1985, el Dr. Jorge Sahade debía asumir como Presidente de la IAU, siendo el primer astrónomo latinoamericano en desempeñar ese importante rol. Sin embargo, en los días previos al evento, se vio afectado por un serio problema de salud y, de acuerdo con lo aconsejado por sus médicos, se ponía en dudas la posibilidad de realizar el largo viaje. De todos modos, la decisión del Dr. Sahade, firme e ineludible, fue la de emprender ese viaje, aun debiendo soportar las molestias propias de su condición delicada de salud. Durante los 15 días de la Asamblea General, participó activa y estóicamente en todas las reuniones, demostrando una vez más su férrea voluntad y su compromiso incondicional con la Astronomía.

Estela Brandi

He compartido con el Dr. Sahade muchos momentos en discusiones científicas (a veces acaloradas), congresos y turnos de observación, aunque mi mayor fuente de anécdotas viene por el hecho de que fui su doctorando, su último doctorando. Para 1990 me encontraba trabajando en la recopilación de bibliografía sobre el sistema binario interactuante W Serpentis para mi tesis doctoral. En aquella época no existía el ADS y uno tenía que sentarse horas en la biblioteca revisando volúmenes de revistas. Entre los numerosos trabajos publicados por el Dr. Sahade sobre el tema, encuentro uno que me llama mucho la atención, publicado en el volumen 49 del “American Philosophical Society”, en 1959. En dicho trabajo sobre la binaria interactuante Beta Lyrae, el Dr. Sahade y colaboradores desarrollan una idea, “hereje” en aquel momento, donde se proponía que la estrella secundaria en ciertos sistemas interactuantes podía ser la más masiva del sistema. Voy a verlo a su oficina en el observatorio, con lo que para mi era un hallazgo, y le pregunto por qué no me lo había señalado antes para leerlo. El Dr. Sahade me responde: “si usted quiere ser investigador científico entonces debe encontrar los trabajos apropiados por su cuenta”. Luego, mientras discutíamos los resultados publicados en dicho paper, me cuenta que el árbitro que les revisó el trabajo no les creía la idea esbozada y fue muy difícil convencerlo. El Dr. Sahade creía que el árbitro fue Gerard Kuiper, quién tenía ideas diferentes sobre la evolución de sistemas binarios cerrados. Don Jorge me cuenta que hicieron un cuidadoso montaje fotográfico de los espectros, con el objetivo de que la calidad del material publicado fuera tan contundente que casi no fuera necesario poner palabras para explicar el fenómeno observado. Este trabajo me impactó mucho porque me enseñó que uno debe estar preparado para lo inesperado en la naturaleza y buscar la mejor interpretación de forma honesta aunque sea una

“herejía”. Sólo siete meses después de finalizada mi tesis, la naturaleza nos sorprendía con la erupción de una de las estrellas Wolf-Rayet del sistema múltiple HD 5980.

Cuando el Dr. Sahade era ya director de la CONAE, allá por 1992, fui a verlo a su despacho para discutir el avance de mi tesis. En esos días tomaba relevancia pública la noticia del inconformismo de algunos miembros de la Fuerza Aérea respecto a la decisión tomada por el presidente Carlos Menem de dismantelar el proyecto del misil Cóndor II. Le pregunto al Dr. Sahade si no se sentía incómodo con los militares que parecían enojados de esa decisión presidencial. El Dr. Sahade, que se encontraba parado sacando libros de una mesa para desplegar los espectros, se da vuelta, me mira sonriendo levemente y me responde: “... que se enojen los muchachos, pero las actividades espaciales son demasiado importantes como para dejarlas en manos de los militares”.

Rodolfo Barbá

Corría el año 1988 y Jorge Sahade me citó junto a otros estudiantes en el Observatorio de La Plata para reunirnos con Trevor Weekes. El motivo, convencernos de tomar el camino de la astronomía gamma que por entonces florecía en Arizona. Años más tarde, en 1995, noche de observación en el CASLEO con el sistema de tres telescopios Cherenkov de primera generación que, después de mucho esfuerzo, estaba en plena operación para monitoreo del Centro Galáctico. Pleno invierno. Me preparaba para una de esas noches interminables de controles rutinarios dentro de la casilla de control. Jorge Sahade estaba en la montaña por vaya a saber qué motivos: —“¿Va a observar esta noche Rovero?”; —“Si Doctor”; —“Lo acompaño”; —“¿Seguro?”; —“Por supuesto”. El Doctor Jorge Sahade, por entonces de sólo 80 años de edad, me acompañó estoicamente durante la larga noche de invierno, sentado en una silla de madera a mi lado. Una simple muestra de su apasionada dedicación a la astronomía.

Adrián Rovero

Si hay dos cosas que distinguieron a Jorge Sahade, desde el punto de vista puramente humano, éstas fueron su generosidad en la ayuda a sus discípulos y el ser absolutamente infatigable. Yo tuve la suerte de experimentar ambas en “vivo y en directo”. Jorge fue sin lugar a dudas la persona más influyente en mi vida profesional, desde el momento en que me recomendara en forma espontánea para mi primer trabajo en San Miguel, pese a que ello significara un cambio en mi tema de investigación y básicamente imposibilitara mi ida al entonces recientemente creado IAFE. Fue también fundamental su intervención para hacer posible mi primera estadía, tres meses en el Observatorio de Ondrejov en la antigua Checoslovaquia. Fue él quien me presentó a Richard (Dick) Thomas, que a su vez (y seguramente con su intervención), me llevó como estudiante graduado a JILA, en Boulder, Colorado, paso fundamental en mi carrera posterior. Finalmente, y no por ello menos trascendente, fue bajo su insistencia (quienes lo conocimos bien sabemos que era casi irresistible) que mi familia y yo, perro yankee incluido, regresamos a la Argentina en 1993 para trabajar en la CONAE. En esos momentos, con 78 años ya a cuestas, no le costaba nada demostrar su energía inagotable, desde su insistencia en manejar (y no dejar que otro lo hiciera por él) los autos alquilados en nuestras visitas a NASA Headquarters, hasta de-

ciendo en forma cuasi inapelable el lugar donde ir a comer y asumiendo sin titubear su condición de líder del grupo de cuarentones (apenas) argentinos que participaba en las discusiones. Como última reminiscencia personal, que lo pinta tal cual fue en su vida, recuerdo una noche que nos encontró charlando animadamente, sentados en muy mullidos sillones de un hotel en Carlos Paz allá por el año 2000, rondando él ya sus 85. Al levantarnos para ir a comer, a ambos (recalco el ambos) nos costó levantarlos de los sillones, lo que generó que me dijera: “Me estoy poniendo viejo”. Debo decir que mi respuesta me salió del alma y sin pensar, al decirle: “¡Era hora!”. En ese momento, al ver su mirada, agradecí que nos uniera la excelente relación que habíamos mantenido por más de 30 años! Acto seguido fuimos a comer, él sin lugar a dudas mucho más que yo!
Marcos Machado

El Dr. Sahade siempre nos alentó a explorar nuevos resultados, por más inverosímiles que parecieran. Un día, por el año 2006, le mostré un cálculo de una línea con perfil PCygni donde aparecía otra componente de absorción desplazada al azul. Le conté que me habían criticado el resultado alegando que mi método tenía un error numérico de cálculo. El Dr. Sahade entonces me dijo: “Mire, siga estudiando ese fenómeno interesante, yo tengo observaciones que muestran que ese perfil de línea existe”. Se refería entonces a la existencia de las componentes discretas en absorción (DACs), las que nos dedicamos a estudiar un tiempo después. La prosecución de resultados científicos no fue lo único en que el Dr. Sahade mostraba su tenacidad. Yo solía visitarlo de vez en cuando y ya tenía más de 95 años cuando me decía: “En cuanto mejoré volveré al observatorio, pues tengo varios trabajos que aún deseo publicar”. En una de esas visitas, unos meses después de cumplir los 97 años me contó: “Cuando nací parece que mi madre no me tenía mucha fe, pensó que no sobreviviría muchos días, pues me vió muy débil –se rió mucho– por eso me anotaron el 23 de febrero en vez del 17, el día que nací”.
Lydia Cidale.

Hacia fines de 2011 recibí un mail de Sahade contando que estaba escribiendo sus memorias y preguntando el nombre de un físico de la Universidad de Buenos Aires que había ayudado mucho para que el CONICET apruebe la creación del IAFE y luego se había marchado a Estados Unidos. Con vergüenza admití que no lo sabía, que en esa época yo era una estudiante que apenas empezaba la carrera de física y que los fundadores del Instituto que dirijo ya habían partido, o estaban lejos del país o de la ciencia, y que yo nunca había preguntado sobre los orígenes del IAFE. En ese momento tomé conciencia que tal vez él era la última persona que me quedaba para que me cuente los entretelones de la creación del Instituto; cómo fue que se instaló la idea de crear un instituto que fusione los saberes complementarios de los físicos y los astrónomos, qué respuesta encontró en la comunidad, cómo fueron los comienzos... Le pregunté si recibía visitas, me contestó muy contento que sí. Cociné una torta y me fui una tarde de sábado a tomar el té y charlar con él. Le gustó recibir visita y a mí, una vez más, me maravilló su lucidez y memoria. Charlamos toda la tarde y cuando me estaba por ir me mostró su colección de journals y me preguntó si recibiría la donación para el IAFE. En ese momento no me mostré tan entusiasmada de recibir todo ese

material impreso que ya teníamos y eso fue, lamentablemente, una respuesta muy equivocada. Metí la pata. Siguió la discusión por mail en las semanas siguientes, hasta que le mandé un artículo que encontré sobre el dilema que plantean las bibliotecas electrónicas a la gente nacida y criada con bibliotecas en papel. Con eso me perdonó, sobre todo por el hecho de haberme puesto a estudiar el tema y haberle respondido con bibliografía y todo!.

Gloria Dubner

Anécdotas ... Jorge Sahade por Jorge Sahade

La carrera de Astronomía en el Observatorio de la Universidad de La Plata comenzó en 1935, gracias a las instancias del Ingeniero Félix Aguilar, quien entendía que para asegurar el futuro de la Astronomía en nuestro país, había necesariamente que formar astrónomos argentinos. En su segundo mandato como Director del Observatorio, consiguió que la Universidad creara la carrera de Doctor en Astronomía y ciencias conexas, que se inició con dos estudiantes, Carlos Ulrico Cesco y Guillermina Martín, quienes llegaron a contraer matrimonio. Cuando, en 1938, yo me incorporé como estudiante en el tercer año de la carrera de Astronomía en La Plata, ya tenía dos estudiantes inscriptos, Gualberto Mario Iannini y Alba Dora Nina Schreiber y, más tarde, asistió a algunos cursos el director del Observatorio jesuita de Física Cósmica de San Miguel, provincia de Buenos Aires, sacerdote Juan Antonio Bussolini. Yo finalicé los estudios a mediados de 1943 y, en seguida, el Ingeniero Aguilar hizo las gestiones necesarias para que la Universidad nos otorgara, tanto a Ulrico Cesco como a mí, sendas becas por dos años, para adquirir experiencia en Astrofísica, en el Observatorio Yerkes de los Estados Unidos, al lado del Director del mismo, el Profesor Doctor Otto Struve, eminente astrónomo, políticamente antisoviético, nacido en la Rusia Imperial, de una familia de origen alemán. El nombre de Otto Struve fue sugerido por el doctor Wilkens, seguramente por la nacionalidad original de la familia de dicho hombre de ciencia, y no por sus extraordinarios méritos como investigador. Fue el mejor consejo que podía haber dado.

El viaje a los Estados Unidos para trasladarnos al Observatorio Yerkes, erigido en el pueblo de Williams Bay, estado de Wisconsin, lo hicimos, Cesco y yo, en un antiguo barco italiano de carga, designado con el nombre de Río Atuel, que navegaba con bandera argentina, y que disponía de facilidades para transportar unos quince pasajeros. Me despidieron en el puerto, mi madre, Hulda Hartmann, quien desempeñaba tareas en el Observatorio y era, entonces, como mi novia, y Genoveva (Kewpie) Dawson, hija del astrónomo de mismo apellido, quien me había dado unas clases de inglés previamente. Yo me había sentido muy atraído por Kewpie, pero la madre opinaba que su hija no podía quedar vinculada a un argentino cualquiera y allí terminó todo. El primer día del viaje en barco fue espantoso, me sentí tan mareado que prefería morir a continuar el viaje. Felizmente esa sensación duró solamente un día y una noche. En el resto de la travesía nos sentimos absolutamente bien, tanto Cesco como yo. A la semana de haber comenzado el viaje, nos llegó la muy triste y desalentadora

noticia de que el Ingeniero Aguilar había fallecido de un infarto cardíaco, con lo que se cerraba una etapa señera en la historia de la Astronomía en Argentina. Nuestro viaje en barco a los Estados Unidos se realizaba en ocasión de la Segunda Guerra Mundial, la guerra contra el régimen de Hitler, y, una noche, nuestro barco fue detenido por un submarino alemán, el que, una vez que nos identificó, permitió que continuáramos viaje hacia nuestro destino. A la mañana siguiente, vimos acercarse, hacia nosotros, una balsa aparentemente tripulada. En seguida, el barco preparó ropa y otros elementos para auxiliar a los náufragos, pero al acercarse la balsa al barco, advertimos que los “náufragos” eran simplemente un conjunto de gaviotas. Naturalmente, la balsa fue subida a bordo y las gaviotas la abandonaron. Habíamos partido del puerto de Buenos Aires el 12 de octubre de 1943 y, sin escala intermedia alguna, arribamos a destino, el puerto de New Orleans, treinta y un días después, el 12 de noviembre de dicho año. En el viaje nos hicimos muy amigos de un matrimonio norteamericano, de apellido Brown, que había vivido en Mendoza durante varios años y regresaba a Chicago junto con su hijita de nombre Melinda. Esa amistad nos sirvió para practicar inglés y para facilitar nuestros primeros pasos en territorio norteamericano.

El Dr. Rolando García, decano de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, consiguió un préstamo de diez millones de dólares del Banco Interamericano de Desarrollo para el reequipamiento de las universidades argentinas. El Rector de la Universidad de La Plata, el doctor Danilo Vucetich, me designó entonces representante de la Universidad en la comisión que discutiría cómo se distribuirían dichos fondos entre las distintas universidades del país. La discusión ocupó, por cierto, varias reuniones y a la Universidad de La Plata le correspondió poco más de un millón de dólares, suma mayor que la asignada a las demás universidades del país, salvo la de Buenos Aires, que había gestionado el préstamo. La idea era dedicar gran parte de los fondos de La Plata para la adquisición de un telescopio de dimensiones apreciables para el Observatorio. Cuando el Dr. Reynaldo Pedro Cesco me designó como encargado del proyecto de un telescopio para La Plata, lo primero que hice fue solicitar opinión a los astrónomos más importantes del mundo, los que apoyaron la idea con total entusiasmo. En seguida comenzamos a analizar posibilidades y, antes de decidir los pasos a seguir, y, en ocasión de viajes a Europa para asistir a reuniones científicas, comenzamos a recibir invitaciones de fabricantes europeos de telescopios, como Zeiss de Jena, en la entonces Alemania Oriental, de la Zeiss de Alemania Occidental, de Grubb Parsons de Gran Bretaña, para visitar sus plantas. Por su parte, el director del Observatorio Nacional de Kitt Peak, en Arizona, el Dr. Nicholas (Nick) Ulrich Mayall, donde se había erigido pocos años antes un telescopio de 2,15 metros de diámetro, nos ofreció obsequiarnos con los planos de dicho telescopio, lo que nos representaría un ahorro de 100.000 dólares en el costo total del proyecto, si es que nos decidíamos por uno igual para La Plata. Más tarde, con el Dr. Mayall y su esposa, llegamos a establecer una gran amistad y me invitaban a su casa cada vez que iba por allí. Si no recuerdo mal, los dos eran diabéticos y fallecieron tempranamente.

En el curso de un viaje a Europa para alguna reunión astronómica tal vez en Liege, Bélgica, porque, en los últimos años, siempre el Profesor Paul Swings me había instado a ofrecer exposiciones invitadas especiales, recibí invitaciones de los tres fabricantes europeos de telescopios, Grubb Parsons, de Inglaterra, Zeiss de Alemania Occidental y la original Zeiss, de Jena, en Alemana Oriental, las que me pagaron, por cierto, los respectivos gastos adicionales de viajes y estada. La fábrica inglesa estaba bastante alejada de Londres, donde me instalaron la primera noche. El hotel londinense no tenía bañeras ni duchas en cada habitación, sino, que en el piso, existía un baño de inmersión de uso común, que, por supuesto, había que cerrar con llave cuando uno lo utilizaba. Cada cuánto tiempo lo higienizaban, ¿quién lo sabría? Al día siguiente, me condujeron a la población donde funcionaba la fábrica, dormí en el hotel en que me alojaron, y, allí, tomé un nutrido desayuno a la mañana siguiente. Al mediodía me invitaron a almorzar en su casa. Y, antes de sentarnos a la mesa, felizmente se me ocurrió advertirles que no tenía mucho apetito porque había tomado un desayuno muy abundante. Eso fue una suerte porque el almuerzo era insulso e incomible. De Gran Bretaña viajé a Alemania occidental, donde se acababa de construir el muro que separó a los dos Alemanias por mucho tiempo. Del lado oriental existía una valla de alambres de púas y vigilancia armada, por lo menos en ciertos momentos. Recuerdo que cuando estaba visitando Carl Zeiss de Alemania Occidental, me dejaron un rato solo, en las cercanías de una construcción de madera que permitía ascender y mirar hacia el lado oriental. Yo subí y tomé fotografías del otro lado. ¿Podría haber sido peligroso? Dicen que sí, pero, felizmente, del otro lado no había vigilancia a la vista en ese momento. Recuerdo que cuando me encontraba en Alemania Federal, la persona que iba a conducirme en automóvil al otro lado, para aceptar la invitación de Carl Zeiss Jena, con el objeto de visitar sus plantas, me pidió el pasaporte para que se registrara en él el permiso para ingresar en la Alemania controlada por Rusia. Me dijo, además, que lo esperara en determinado lugar en unas dos horas. Esas dos horas se transformaron en más de tres, pero, al final apareció. El hombre había adquirido unas frutas para su familia y me dijo que no le estaba permitido ingresarlas, de modo que, en la frontera diría que esa fruta era mía, lo que así hizo. No recuerdo dónde me instalaron, pero sí que al día siguiente, visité la fábrica y anduve un rato por la ciudad. Por ahí vimos un tanque ruso y lo quise fotografiar, pero me dijeron que era mejor que ocultara la cámara. Al anochecer, me condujeron a la estación de ferrocarril donde debía abordar el tren que me llevaría a un país occidental, desde donde podía seguir viaje a mi próximo destino. El tren se detenía allí sólo dos minutos, de modo que mis invitantes me hicieron subir al vagón cuyo acceso estaba más cerca. Subí y, a los pocos minutos, un viajero se me acercó para decirme que debía ubicarme en otro vagón para poder ingresar en mi destino no socialista, lo que, por supuesto hice de inmediato. Al rato, pasó un funcionario que controlaba la documentación de los pasajeros y me dijo algo en alemán, que no entendí, y, como no reaccioné, en seguida, con bronca, me dijo algo como “de pass”, y, entonces, le mostré el pasaporte y quedó satisfecho. Ya en tierras occidentales, me fue fácil seguir viaje para iniciar mi regreso a nuestro país.

En ocasión de celebrarse el sesquicentenario de la Revolución de Mayo, el Observatorio fue dotado de fondos para organizar reuniones científicas internacionales. A mí me encargaron de organizar una de Astrofísica y el director organizó otra, al mismo tiempo, de Mecánica Celeste. Previa consulta con los más importantes astrónomos de Estados Unidos, los invitamos a venir, con los gastos pagos. Todos ellos viajaron en avión, un DC4, que tuvo que volar en medio de una intensa tormenta eléctrica. En esas circunstancias, decidieron calcular qué pasaría con la Astronomía norteamericana si el avión se venía abajo. La conclusión fue que la Astrofísica sobreviviría, pero la Astrometría desaparecería. A los astrónomos y astrómetras norteamericanos se unieron Guillermo Haro, de México, que asistió a las dos reuniones, y a algunos astrónomos ingleses, que después me invitaron a participar en una en Gran Bretaña y fuimos alojados en el histórico edificio del original Observatorio de Greenwich.

Jorge Sahade

Extraído de sus memorias inéditas – gentileza de Adela Ringuelet